

LA ORACIÓN

10

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

Uso, desuso, mal uso, abuso

Jonatán es uno de mis héroes del Antiguo Testamento. Él también puso “un vellón de lana en la era”. La historia se encuentra en 1 Samuel 14. El rey Saúl había pecado. Su ministerio había pasado de lo malo a lo peor, sin embargo, tenía un hijo fiel, valiente, éste era Jonatán. Los filisteos eran los que estaban en control. No se permitía que hubiera herreros en Israel, pues existía el temor de que éstos fabricaran espadas. Lo único que el ejército conocía eran las hachas y las palas. Sólo el rey Saúl y Jonatán tenían lanzas y espadas, pero Jonatán tenía fe en Dios. Un día Jonatán le pidió a su criado que le traía las armas, que viniera con él a derrotar a los impíos filisteos (¡Imagínese lo emocionado que estaba!). Estaban superados en número y en armas, ¡pero las condiciones eran las correctas! ¿Cómo puso Jonatán su “vellón de lana en la era”? Esto fue lo que le dijo a su criado: “Si nos dijeren: ‘Subid a nosotros’, entonces subiremos, porque Jehová los ha entregado en nuestra mano; y esto nos será por señal”. ¿Es esta la manera como hemos de poner el vellón de lana en la era? Los filisteos gozosamente consintieron. Jonatán subió con “sus manos y pies” para matar a veinte. ¡La tierra tembló, y los filisteos temblaron! ¡Jonatán gozó de una gran victoria para Dios!

Partiendo de 1 Samuel 14 podemos observar el desuso, mal uso, abuso y uso bíblico de la oración. En primer lugar, consideremos el *desuso* en que había caído la oración. Los líderes no deben ser seleccionados por medio de la oración solamente, sin embargo, tampoco deben ser seleccionados sin oración. Los momentos en que los líderes son seleccionados y los predicadores son escogidos,

por lo general son momentos de gran caos. ¿Por qué? Porque lo que prevalece es la política y las normas equivocadas en lugar de ser Dios el que prevalece. Pedro fue definitivo en Hechos 1 cuando el sucesor de Judas fue escogido. El hombre tenía que llenar los requisitos. Había dos que los llenaban. Después Dios tomó la decisión. El equipo misionero fue seleccionado por medio de la oración y el ayuno (Hechos 13.1–3). Más adelante los ancianos fueron ordenados por medio de oración y ayuno (Hechos 14.23). *¡Ore primero!* Cuando los tiempos son difíciles, los líderes de la iglesia hallan necesario orar. Luego el éxito llega. Después es fácil olvidarse de la oración, y descuidarla. *Las necesidades que se mencionan en las oraciones pueden variar, ¡pero no así la necesidad de orar!* No existe ninguna iglesia, ni ningún líder que pueda crecer hasta un nivel en el cual ya no tenga una necesidad profunda de oración. La victoria de Jonatán se debió a Dios —no a él mismo. *¡Ore primero!*

En segundo lugar, examinemos el *mal uso* de la oración. ¿Por qué no fue culpable Jonatán? Porque Dios quería que los filisteos fueran derrotados. Jonatán no tenía ningún plan secreto; no tenía ningún proyecto privado; no buscaba gloria personal. Se gozaba en la gloria de Dios. No obstante, es fácil usar mal la oración. La oración no debe usarse nunca para la manipulación, ni para la persuasión engañosa. Ningún predicador debería presentar un proyecto y después manipular al pueblo con la oración. Ningún predicador debería pedirles a los miembros que oren cuando predica —debería pedirles que escuchen. Un predicador debería orar, pero sus sermones siempre fracasarán, si no hay preparación. Los sermones deben ser empapados en oración y desarrollados por medio del estudio. Estudie para saber, ore para tener poder. La oración no es una manera piadosa de posponer la acción. Hay un tiempo para actuar. La oración no puede ser un sustituto de la incompetencia.

En tercer lugar, echemos una mirada al *abuso*

del que es objeto la oración. El mal uso difiere del abuso. El mal uso proviene de la ignorancia; el abuso, del egoísmo. Ambos son destructivos. El abuso consiste en exigir que Dios bendiga nuestros planes. El abuso consiste en buscar la comodidad y la gloria propias. La oración no fue dada con la intención de que “el hombre quede bien”. La oración no puede ser un sustituto de la planificación, ni del esfuerzo, ni del liderazgo competente, ni de la generosidad. La oración no puede nunca usarse para sanear la administración financiera irresponsable, ni para la gloria personal. Los líderes no deben orar para que Dios haga lo que ellos no van a hacer. Jesús es aún “la cabeza de la iglesia” (Efesios 1.22–23; Colosenses 1.17–19). El cuerpo (la iglesia) está bajo la cabeza. Este es el principio básico del cristianismo. La cabeza mueve al cuerpo. La cabeza capacita al cuerpo.

En cuarto lugar, veamos en 1 Samuel 14 el *uso bíblico* de la oración. ¡La oración puede ser temeraria! ¡El estar en la voluntad de Dios hace a los hombres invencibles! Jonatán, contra todas las probabilidades, miró hacia arriba, diciendo: “¡Tenemos a nuestros enemigos exactamente donde Dios quiere que estén!”. *¡Ore primero!*

El Cristo que ora

Juan 17.1–26

La oración es tan poderosa como Dios, porque él ha prometido contestarla. Los únicos límites de la oración son los límites de la voluntad y el poder de Dios. Jesús creía y practicaba esta verdad. Cuando estaba junto a la tumba de Lázaro, Jesús declaró su vida de oración. Esto es lo que dice Juan 11.41–43:

Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!

¡El Cristo que ora! ¡El Dios que ora! ¡Llama poderosamente la atención! Jesús fue “Dios en el hombre”, tenía el Espíritu sin medida (Juan 1.1, 14–17; 3.34), y sin embargo, ¡tenía *necesidad de la oración!* Oró más que ningún otro que haya vivido. Es asombroso ver la prominencia y el lugar que ocupaba la oración

en la vida de Cristo.

Hay ciertos hechos ineludibles que no se pueden obviar. Jesús, en realidad, enseñó poco acerca de la oración —la más prolongada enseñanza se encuentra en Lucas 11, cuando los apóstoles le pidieron que les enseñara cómo orar. Jesús también se involucró en predicación negativa (Mateo 6.5–8). Él advirtió acerca de los abusos de los que podía ser objeto la oración: primero, podemos orar como los hipócritas (v. 5), y segundo, podemos orar como los paganos (“los gentiles”; v. 7). Jesús guardaba un bajo perfil en lo que concernía a la oración. Nos aconsejó tener nuestras propias “oraciones de aposento” en lo personal. Jesús dijo que las oraciones pronunciadas en privado (en secreto) serían recompensadas en público. Jesús reprendió las oraciones que son producto del orgullo y para hacer espectáculo. Aun cuando Jesús invitó a Pedro, a Santiago y a Juan, para que entraran en la oración con él en Getsemaní, él se apartó de ellos a distancia de un tiro de piedra (Lucas 22.41). La oración era un evento muy privado para Jesús.

ALGUNOS HECHOS

Consideremos algunos hechos más acerca de la enseñanza de Jesús sobre la oración. Jesús nunca asignó compañeros de oración. No es contrario a la Biblia orar juntos. Lo que es contrario a la Biblia es el dar cuenta a un hermano “superior”. Jesús nunca tuvo “guerreros de oración”. Esto es una bobería. Cuando envió a los setenta, les dio instrucciones en gran detalle, nunca mencionó la oración (Lucas 10.1–16; véase también Lucas 9.1–6, donde Jesús estaba enviando a los apóstoles). La Biblia no dice nada acerca de “devocionales diarios” con Jesús y los apóstoles. En las Escrituras nunca les preguntó: “¿Como está vuestra vida de oración?”, o “¿Has orado al respecto?”. Nunca aconsejó a las personas que tenían problemas diciéndoles: “Tan sólo ore al respecto”.

Jesús nunca promocionó la oración. Advirtió en contra de las “vanas repeticiones”, pero abogó por la persistencia. Pedro es el único apóstol que se registra en la Biblia, como uno por el cual Jesús oró, siendo mencionado por nombre (Lucas 22.31–32). Con Jesús, no hubo nunca drama, ni teatro, ni pomposidad, ni novedad, ni espectáculo, ni orquestación. Para Jesús, la oración fue auténtica.

El *hecho real* es que para Jesús, la oración tenía prioridad. Para la mayoría de nosotros, la oración es la preparación para la batalla. Para Jesús, la oración ¡es la batalla misma! En la vida de Cristo, la oración era la obra, mientras que el ministerio era el premio. ¿Dónde fue que el sudor cayó como

gotas de sangre? *No* fue junto al mar de Galilea, *no* fue en la sala de audiencias de Pilato, *¡no* fue en el Gólgota! El sudor llegó a ser “como grandes gotas de sangre” durante la oración de Jesús en Getsemaní (“la prensa extractora de vino”) (Lucas 22.44). Cuando la prueba vino, Jesús la ganó, porque la había manejado anteriormente con oración. Sométese a Dios... confíe totalmente en Dios... entréguese a Dios. Fracasamos en la vida porque *¡fracasamos en la oración!* Para Jesús, no había nada más importante que el estar, y el hablar, con el Padre. La decisión fue tomada en el Getsemaní, *¡no* en el Calvario! Él era, verdaderamente, el “Cristo que oraba”.

LOS TIEMPOS

La oración era tan natural para Jesús, como lo era el respirar. Los escritores de los evangelios registraron más de veinte instancias de oración en la vida de Jesús. Él la pasaba ocupado —sin embargo, nunca demasiado ocupado. Nunca anduvo apresurado ni en carreras. Los escritores de los evangelios registraron más de 150 entrevistas —Jesús habló con jóvenes y ancianos, con pequeños y grandes, con ricos y con pobres, con los buenos y con los malos. Aún más asombrosa, fue su vulnerabilidad. Era perfecto, poderoso y amable —sin embargo, *¡cualquiera y todos se sentían que tenían toda la libertad para criticarlo, condenarlo o reconvenirlo!* La familia de Jesús, sus discípulos y sus enemigos lo confrontaron personalmente. Este es un tributo a su humildad. Jesús tuvo éxito porque se tomó el tiempo necesario para orar.

Temprano en la mañana, Jesús se levantaba a orar (Marcos 1.35). Él se encontraba con Dios, antes de servirle al hombre. Camine durante el día, orando. Levántese temprano, a orar. Si en el día va a estar extraordinariamente ocupado, levántese mucho más temprano, a orar. *¿Seremos demasiado perezosos como para levantarnos temprano a orar?* Son muchos los que se pierden tanto, pues carecen de disciplina. Jesús nunca estuvo demasiado ocupado para orar. La oración exige un tiempo, un lugar, una rutina. El orar, como cualquiera otra cosa que valga la pena, es trabajo duro —sin embargo es nuestro gozo, es nuestro deleite.

Jesús oraba antes de comer. Lucas 24.13–35 nos cuenta un fascinante relato acerca de unos discípulos derrotados, quienes se encaminaban a su casa en Emaús, el mismo fin de semana del evento de la cruz. No reconocieron a Jesús —sino hasta que éste oró (Lucas 24.30–31). *¡Eran cosas maravillosas las que sucedían, cuando Jesús oraba!* *¡Los cielos se abrieron, y Dios reconoció a Jesús en el*

momento de su bautismo (Lucas 3.21–22)! Jesús oró, y fue transfigurado junto con Moisés y Elías (Lucas 9.28–30). Jesús oró, y un ángel vino a fortalecerlo (Lucas 22.43–44). *¡Sucedían cosas cuando Jesús oraba!* Lázaro fue levantado de entre los muertos porque Jesús oró (Juan 11.41–43). Jesús oró, y el cielo respondió con voz de trueno (Juan 12.27–33). Si hemos de pedirle a Dios nuestro pan de cada día, entonces deberíamos darle gracias a Dios por ello.

La mesa es un excelente lugar para adiestrar a nuestros hijos en la oración. El momento de acostarlos es también otra gran ocasión para establecer un fundamento, de por vida, para la oración, con nuestros hijos. Jesús oró. Nosotros debemos orar. Debemos enseñarles a nuestros hijos a orar.

Jesús oró toda la noche (tal vez muchas veces). Antes de elegir a los apóstoles, Jesús oró toda la noche (Lucas 6.12). Antes era más fácil, para mí, orar toda la noche. En realidad no sé por qué. Tenía una colina que era mi favorita allá junto al Onion Creek. El tiempo ha cambiado esta rutina. Ahora prefiero la mañana. Me gusta comenzar el día con Dios.

Jesús, por lo general, *¡oraba a solas!* Léase Lucas 5.16; 9.18; 22.41; Mateo 14.23. Cristo practicaba lo que predicaba respecto a la oración en el “aposento”. *¡Jamás desfiló en oración por la calle!* Hay cierto elemento de “privacidad”, incluso a nivel congregacional, en la oración. Hay un incidente interesante que se dio en Lucas 9.18: “Y aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos, ... ” Esto no era oración en grupo, y no era oración en secreto. *¿Se sentía Jesús tan cómodo con los apóstoles como para poder orar verbalmente? ¿Era esta “oración silenciosa”?* *¿Puede uno orar “en silencio”?* *¿Podemos, incluso, orar en medio de una multitud?* *¿Tienen que ser audibles las palabras?* Jesús oraba a solas; Jesús también oraba con otros. Jesús oraba en privado y en público.

LAS RAZONES

Cuando Jesús se hallaba ocupado más allá de lo normal, él oraba. Su ejemplo saca a la luz nuestro fracaso —nosotros llegamos a estar demasiado ocupados como para orar. Estando en el zenit de su popularidad en público, Jesús se retiraba y oraba (Lucas 5.15–16). La popularidad, el éxito y el poder son tentaciones adictivas. La oración es una forma de ahorrar tiempo. Entre más ocupados estemos, mayor es la necesidad que tenemos de oración. La fatiga también frena nuestra vida de oración.

Antes de tomar decisiones de gran envergadura, Jesús oraba. Un libro sobre la oración, el cual es un clásico, fue escrito por George Buttrick.¹ Un material sobre la vida de oración de Jesús, el cual es clásico, fue escrito por E.M. Bounds.² Éste hizo la siguiente observación acerca de Jesús: “Los grandes períodos de su vida fueron creados y coronados con la oración”.³ Jesús oró en el momento de su bautismo (Lucas 3.21–22). Oró toda la noche antes de seleccionar a los doce apóstoles (Lucas 6.12–16). Oró en el monte de la transfiguración (Lucas 9.28–36). Oró en Getsemaní antes del evento de la cruz (Mateo 26.36–46). *Jesús oró antes, durante y después de los grandes momentos de su vida.* Las decisiones de gran envergadura en nuestra vida deben provenir de la oración.

Durante los tiempos de crisis, Jesús oró. Él nunca entró en pánico. Cuando percibió que la gente quería hacer de él un rey político, se retiró a orar (Juan 6.15). Jesús oró por sus discípulos antes de que éstos desertaran. Oró en Getsemaní. Oró en la cruz.

Después de eventos cruciales, Jesús oraba. Nosotros oramos para pedir ayuda durante nuestras necesidades. Necesitamos, entonces, darle las gracias a Dios por sus soluciones. De otro modo, el éxito nos puede ahogar. El dar gracias por “las victorias de Dios” nos mantendrá humildes.

Cuando enfrentaba la muerte, Jesús oró. Llama la atención lo que dice Hebreos 5.7: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente”. 1) Jesús clamó y suplicó por su vida. 2) Dios podía haberle salvado. 3) Dios le oyó, y sin embargo le respondió con un “¡No!”. Jesús podía haber llamado a legiones de ángeles, y sin embargo no lo hizo (Mateo 26.53). ¡Puso la cruz al cuidado de su Padre!

LOS FACTORES

1) *Jesús era sumiso.* La sumisión es parte del fundamento, es crucial. Échele una mirada a Hebreos 5.7 y a Lucas 22.40–46. En Juan se refirió a la cruz, sencillamente, como “la hora”. En Juan vemos a Jesús abriéndose paso por su vida y con la mente centrada en “la hora”. “La hora” había venido. Por fin, “la hora” se convertía en su victoria. Jesús no era una víctima; era el victorioso. Conocía la respuesta de Dios desde antes de haber orado:

¹ George Buttrick, *Prayer* (New York: Abingdon Press, 1942).

² E.M. Bounds, *The Reality of Prayer* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1924).

³ *Ibid.*, 70.

“No, Hijo. ¡No!”. Aún así, oró. Tres veces oró la misma cosa: “Pasa de mí esta copa”. ¡El sudor caía como sangre! Nadie ha orado nunca tal como Jesús lo hizo en Getsemaní. ¿Cuál será el principio clave? “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

¡Ore primero! ¿Por qué? ¡Por sumisión! Dios no nos puede usar mientras no nos sometamos. Nuestras oraciones deben ser oraciones de rendición, de renuncia a uno mismo y de consagración. El renunciar es esperanza, no es resignación fatal. El renunciar trae una gran bendición —la crucifixión de la voluntad humana. Esto fue lo que Pablo dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, ...” (Gálatas 2.20). Hay renuncia; hay muerte personal. Pablo también dijo: “Cada día muero” (1 Corintios 15.31). El renunciar lo libera a uno de los “auto”pecados: la autosuficiencia, la autoestima, la autocompasión, el autoengaño, la autoaborrecimiento, etc. Dios sólo crea a partir de la nada. Todo lo que Dios use debe ser reducido a la nada. Esta es la crucifixión de la voluntad, no es la eliminación de la voluntad. La crucifixión en las Escrituras siempre tiene una resurrección adherida. Oramos la oración del despojo de sí mismo, la oración de la rendición, la oración del abandono, la oración de la liberación, luego, la oración de la resurrección. Jesús confiaba en Dios, que él era capaz de proveer el pan (Mateo 4.1–4). Confió en Dios, ¡en que era capaz de obrar la resurrección!

2) *Jesús oró por sí mismo.* Esto les causa molestias a algunos que son “super piadosos”, quienes creen estar por encima de tales oraciones. Lea Juan 17 cuidadosamente. Jesús oró por sí mismo primero. ¡Oró por su gloria a través de su muerte! No hay contradicción en su oración. Esto fue lo que E.M. Bounds dijo: “La oración era el secreto de su poder, la ley de su vida, la inspiración de su trabajo y la fuente de su riqueza, su gozo, su comunión y su fortaleza”.⁴ ¡Concedido, los hermanos pueden orar por sí mismos!

3) *Jesús oró por los demás.* Léase Juan 17 nuevamente. Oró por los apóstoles; oró por la iglesia; oró por nosotros. También oró por sus enemigos (Lucas 23.34; Mateo 5.44). Oró por su madre junto a la cruz, pidiéndole a Juan que cuidara de ella.

4) *Jesús oró con agradecimiento!* Cuando veamos a Dios, ello nos va a dejar estupefactos hasta callarnos y nos va a llenar de gratitud. Jesús le dio gracias a Dios por el alimento, por el éxito en el ministerio, por la resurrección de Lázaro. Él oraba con fervor. Su sudor caía como gotas de sangre. Jesús es “el Cristo que ora”. ■

⁴ *Ibid.*, 73.